

JON ARRIZABALAGA\*

ENFERMEDAD Y REARME «MORAL» EN LA EUROPA DE FINALES  
DEL SIGLO XV: LAS PRIMERAS PERCEPCIONES DEL «MAL  
FRANCES» EN FERRARA

I. INTRODUCCIÓN

Los diarios y crónicas italianos de finales del siglo XV son pródigos en noticias relativas a prodigios y calamidades (inundaciones, terremotos, pestilencias, hambres, guerras) acontecidos en Italia durante la década de 1490. Todas estas fuentes, y particularmente las procedentes del norte y centro de la península, destacan como especialmente dramáticas, las circunstancias en que se desarrolló la vida de los italianos en los meses siguientes a la retirada, en octubre de 1495, del rey francés Carlos VIII con la mayoría de su ejército invasor. En efecto, durante el otoño e invierno del período 1495-1496, las condiciones meteorológicas debieron haber sido extremadamente adversas en toda Italia. La combinación de frío intenso, grandes nevadas y bruscas fluctuaciones térmicas provocó inundaciones muy graves y generalizadas por desbordamiento de los principales ríos, a las que, en algunos lugares, se añadió la aparición de fuertes terremotos. Las catástrofes naturales en un terreno ya previamente castigado por la guerra, y el caos políticosocial consiguiente a ella, hicieron escasear los alimentos y terminaron por provocar una grave crisis de carestía. Todo ello acarrió un recrudecimiento de la pobreza y del hambre, y la aparición de numerosas enfermedades pestilenciales.

En medio de estas circunstancias, las fuentes contemporáneas comenzaron a hacerse eco de la irrupción en la península, de una enfermedad nueva y terrible que pronto fue popularmente conocida como *mal francese* («mal francés» o *morbus gallicus*, en la versión latina al uso en los ambientes universitarios). Esta denominación, que no tardó en imponerse a otras también empleadas inicialmente en Italia y en el resto de Europa, reflejaba la asociación, dominante entre los contempo-

\*. Unidad de Historia de la Ciencia, CSIC (Institución «Milà i Fontanals»), c/ Egipcíacues, 15, 08001 Barcelona.

ráneos, de la rápida difusión de esta enfermedad por toda Italia con la precipitada retirada francesa del reino de Nápoles.

Sin ánimo de negar los méritos propios concurrentes en el mal francés y en las restantes catástrofes naturales, hemos de apelar a la crisis profunda en que la invasión francesa sumió a la península italiana para explicarnos el peculiar dramatismo que se desprende de estas noticias. En efecto, la aventura militar de Carlos VIII rompió el delicado equilibrio político que los principados y repúblicas italianos habían alcanzado con la Paz de Lodi en 1454. Puso así un brusco punto final a un período de cuarenta años de relativa paz y prosperidad económica, y abrió otro de grave inestabilidad política caracterizado por el choque entre las monarquías española y francesa por el control de Italia, que culminaría en 1527 con el saqueo de Roma por las tropas imperiales de Carlos V. El historiador y estadista florentino Francesco Guicciardini (1483-1540), quien no dudó en comparar la prosperidad italiana de la segunda mitad del siglo XV con los mejores momentos del Imperio romano, evocó en su *Storia d'Italia* el período abierto en 1494 como los años de *le calamità d'Italia*.

No pretendo discutir aquí el manido tema del origen del «mal francés», enfermedad que la historiografía médica tradicional ha identificado con la entidad morbosa hoy conocida como sífilis venérea. Es éste un complejo problema que remite, en primer lugar, a la espinosa cuestión —carente todavía de solución satisfactoria— de la aparición de la sífilis en Europa, y, en última instancia, a la historia de las llamadas treponemosis humanas. Mi propósito es algo diferente. Se circunscribe al estudio de las primeras noticias relativas al *mal francese*, entre 1496 y 1500, en el ducado de Ferrara —un pequeño señorío del nordeste de Italia, gobernado entonces por los señores de Este. Mi interés se centra en las fuertes connotaciones religiosas y morales que son inherentes a algunas de las primeras percepciones de la enfermedad en la ciudad de Ferrara, sede de la corte Estense. Las examinaré a la luz del impacto que las actividades proféticas del fraile dominico Girolamo Savonarola tuvieron en su corte ducal, y particularmente sobre el propio duque Ercole I d'Este. La información procede de dos clases de fuentes: (1) diarios y crónicas ferrareses contemporáneos, particularmente el del notario Bernardino Zambotti y el de un anónimo funcionario ducal de aprovisionamientos; y (2) escritos médicos, en concreto el que sobre el mal francés publicó el médico de corte Coradino Gilino.<sup>1</sup>

El examen previo de las estrechas relaciones entre Ercole d'Este y Girolamo

1. Cf. PARDI, GIUSEPPE (ed.) (1928-1933) *Diario Ferrarese dall'anno 1409 sino al 1502 di autori incerti*.- Città di Castello-Bologna (Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. XXIV, parte 7) (en adelante DFA); PARDI, GIUSEPPE (1934-1937) *Diario Ferrarese dall'anno 1476 sino al 1504 di Bernardino Zambotti*.- Città di Castello-Bologna (Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. XXIV, part 7 [en apéndice]) (en adelante DFZ); GILINO, CORADINO: *De morbo quem Gallicum nuncupant*.- Ferrara, 1497/8.

Savonarola, así como del florido conjunto de enfermedades no precisadas padecidas por la familia ducal durante el último lustro del siglo XV, nos proporciona el contexto en el que se inscriben estas peculiares percepciones primeras del mal francés en Ferrara. Dos tipos adicionales de fuentes han constituido mi base de información: (1) la correspondencia entre el duque Ercole y el dominico Savonarola;<sup>2</sup> y (2) la correspondencia privada en el propio seno de la corte Estense y entre ésta y otras cortes italianas.<sup>3</sup>

## II. ERCOLE D'ESTE Y GIROLAMO SAVONAROLA

Situada al noreste de Italia, en el delta del río Po, a finales del siglo XV Ferrara era, con sus 30.000 habitantes, la principal ciudad de la región y la capital de un pequeño ducado que, pese a ocupar un territorio permanentemente reclamado por el papado, había estado dominado por una dinastía, la casa del Este, desde 1332. Rodeados de poderosos vecinos (el ducado de Milán y la república de Venecia, al norte; la república de Florencia y los estados de la Iglesia, al sur), los señores del Este fueron siempre conscientes de su debilidad política. Durante más de tres siglos (1267-1598) supieron controlar Ferrara y su región, merced a una inteligente política basada en una próspera economía rural, los beneficios reportados por su participación mercenaria en campañas militares de otros poderes europeos, una serie de enlaces matrimoniales juiciosos y el apoyo de un competente y leal grupo de funcionarios que se ocuparon de la administración del Estado.

A lo largo del siglo XV Ferrara se convirtió en un importante centro mercantil y artesanal, que supo aprovechar su estratégica situación geográfica en medio de importantes vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas para adquirir un notable dinamismo económico. Con el apoyo de una burguesía próspera y crecientemente influyente, y de banqueros judíos, los señores del Este —y particularmente el duque Ercole I (1472-1505)— emprendieron grandes proyectos de obras públicas que transformaron lo que era una simple ciudad medieval en una elegante urbe renacentista. A finales del siglo XV y comienzos del XVI, el ducado de Ferrara atravesaba sus días de mayor esplendor. Su principal artífice fue el propio duque Ercole, un hombre intelectualmente inquieto que ejerció un generoso mece-

2. CAPPELLI, ANTONIO: *Fra Girolamo Savonarola e notizie intorno il suo tempo*.- En «Atti e Memorie delle R.R. Deputazioni di Storia Patria per le Provincie Modenesi e Parmesi», IV (1868), 301-406: *passim*; RIDOLFI, ROBERTO: *Le lettere di Girolamo Savonarola*.- Firenze, 1933, pp. 75, 104-5, 110-3, 117-9, 156-7, 180-1, 219-20, 228-31, 235-9.

3. ARCHIVIO DI STATO DI MODENA (ASM), ARCHIVIO SEGRETO ESTENSE (ASE), Archivio per Materie, Medici e Medicina, buste 3, 16, 19. La mayoría de estas cartas aparecen editadas o resumidas en FOUCARD, C.: *Documenti storici spettanti alla Medicina, Chirurgia, Farmaceutica conservati nell'Archivio di Stato in Modena*.- Modena, 1885.

nazgo sobre la religión, las artes y las ciencias, y convirtió el *Studi General* de Ferrara en uno de los más prestigiosos de la Italia del momento.

Como el resto de Italia, Ferrara acusó durante la última década del siglo XV, el impacto de la invasión de Carlos VIII pero, a diferencia de otros poderes peninsulares, el dominio de la casa del Este sobrevivió al desastre, y hasta quedó reforzado tras él, merced a la astucia política del duque Ercole que permaneció neutral ante la intervención francesa y secretamente complaciente con ella.

Lo que Ercole d'Este no pudo impedir, desde luego, fue que su ducado, como el resto de Italia, se viera sacudido a finales del año 1495 por condiciones meteorológicas excepcionalmente extremas, que continuaron durante toda la primavera siguiente y que abocaron en una seria crisis de carestía a lo largo de los años 1496 y 1497. De todo ello se hizo pródigo eco el diario escrito por el anónimo funcionario ducal de aprovisionamientos.

Como cabe esperar, las adversas e incontrolables circunstancias climatológicas aumentaron la receptividad social hacia fenómenos extraordinarios o milagrosos, que, a la luz de profecías prodigadas, eran interpretados como augurio de futuras calamidades. El mismo diario, además de aludir a un prodigio de la naturaleza acontecido en un bosque de la Romaña el 11 de diciembre de 1495, se extendía el 2 de enero de 1496 en el relato de una aparición milagrosa de la Virgen María que anunciaba en Italia para aquel año «la mayor hambre, guerra y carestía nunca habida en el mundo desde su creación hasta ahora». El fraile de la orden de san Lázaro que predicaba sobre esta aparición el día de Año Nuevo en Ferrara, advertía que sólo se librarían de todos estos infortunios quienes participasen en un ayuno penitencial como el que, con tal motivo y con carácter general, había presidido en Roma unos días antes el papa Alejandro VI. Según el cronista, el duque Ercole decretó para el día siguiente, un ayuno general de pan y agua, que presidió «con toda su corte».

La implicación de Ercole d'Este en esta iniciativa estuvo estimulada por su proclividad a aceptar que todas las penalidades sufridas se debían a una intervención divina y auguraban otras mayores y más apremiantes. De hecho, hacia las mismas fechas Ercole también prestó gran atención a la noticia de un monstruo que había aparecido en Roma, a orillas del Tíber, tras las inundaciones de diciembre, presagiando nuevas e inminentes calamidades en toda Italia.

Ni éstas ni otras muchas iniciativas piadosas del duque Ercole en el curso de su gobierno pueden comprenderse adecuadamente sin tomar en consideración nuevos elementos. Como bien ha señalado Gundersheimer, la piedad fue, sin duda, el rasgo más llamativo de la personalidad de Ercole I d'Este. Esta piedad se fue acentuando con el paso del tiempo y se materializó en numerosas iniciativas ducales del más variado signo. Ercole hizo de la religión una parte tan importante en la vida diaria de la corte y la ciudad de Ferrara, que durante los años de su

gobierno Iglesia y Estado se entrelazaron de modo inextricable en los dominios del Este.<sup>4</sup>

El clima de presión religiosa y moral alcanzó en Ferrara su cénit en los últimos años del siglo XV. Ello se debió en gran medida al influjo ejercido por el dominico Girolamo Savonarola sobre Ercole d'Este. Para mediados de 1495 Ercole se había convertido en un ferviente seguidor del dominico y la corte Estense y la ciudad de Ferrara experimentaban, de buena o mala gana, las consecuencias del celo con que el duque acogía los dictados del predicador. La influencia de Savonarola sobre Ercole sobrevivió incluso a la trágica muerte del dominico el 23 de mayo de 1498.

Savonarola, que había proclamado al rey Carlos VIII de Francia como el nuevo Ciro liderando su ejército triunfante por toda Italia sin romper una lanza ni toparse con ninguna resistencia, se había convertido tras la caída de los Medici a finales de 1494, en el más cualificado portavoz de la nueva república florentina. Hacia 1495 Savonarola superaba gradualmente el inicial pesimismo apocalíptico de su discurso que profetizaba la inminente llegada del fin del mundo y del castigo divino contra una Italia plagada de pecadores. Ya más optimista y marcadamente milenarista, proclamaba por el contrario que Florencia era bajo el nuevo régimen, la Nueva Jerusalén y la Nueva Roma, el centro elegido por iluminación divina. Y él mismo se proclamaba como el enviado de Dios para advertir a los italianos acerca de las tribulaciones que les aguardaban y rescatarlos de aquella crítica situación.

El gran interés con que Ercole siguió las profecías de Savonarola puede seguirse a través de dos canales de correspondencia. El primero lo constituyeron las cartas (no menos de dieciocho, todas ellas amistosas y muestra patente de estima mutua) que se intercambiaron el duque y el dominico entre mayo de 1495 (seis meses después de la caída de los Medici en Florencia) y agosto de 1497 (tres meses más tarde de la excomunicación de Savonarola por Alejandro VI). El segundo canal fue la correspondencia de Ercole con el «orador» Estense en Florencia, Manfredo Manfredi, cuyo papel debió ser esencial no sólo para poner en contacto al duque y el fraile, sino también para mantener abiertas las líneas de comunicación entre ambos después de agosto de 1497, cuando la correspondencia directa con Savonarola se hizo para Ercole demasiado arriesgada políticamente.

Fue probablemente tras la carta que Manfredi envió a Ercole el 5 de noviembre de 1494 cuando éste comenzó a interesarse por las actividades de predicación del dominico. El 13 de mayo de 1495 Ercole pidió a Manfredi que sondeara a Savonarola al objeto de conocer su opinión sobre el duque del Este y Ferrara. En su respuesta de cinco días más tarde (18 de mayo) Manfredi informaba a Ercole que Savonarola le enviaría pronto una carta personal al duque, a quien consideraba

4. GUNDERSHEIMER, WERNER L.: *Ferrara. The Style of a Renaissance Despotism.*- Princeton, 1973, pp. 184-99.

más pío que cualquier otro señor italiano. Ciertamente, el fraile debió de haber escrito a Ercole hacia el 20 o 21 de mayo (aunque su carta debe darse por perdida), puesto que en una carta del 26 de mayo el duque agradecía al fraile sus consejos y tomaba nota de los «remedios» propuestos prometiéndole ponerlos en práctica. Además, Ercole recordaba a Savonarola que aún no había recibido el libro que previamente le había prometido el fraile. Finalmente, en agosto, Savonarola envió a Ercole este libro, el *Compendio di rivelazioni*, y dos meses más tarde también la versión latina de dicho trabajo. Esta obra que resumía sus profecías, acababa de imprimirse y tuvo una amplia circulación.

Aunque durante los meses siguientes Manfredi mantuvo informado a Ercole de los nuevos sermones y escritos de Savonarola, ello no fue óbice para que desde mayo de 1495 el duque y el fraile mantuvieran una amplia correspondencia mutua. De la misma manera que en los restantes escritos contemporáneos de Savonarola, el tema central de la mayoría de sus cartas era obsesivamente el mismo: los inminentes *tribulazione et flagelli preparati a tuta Italia*, casi siempre epitomizados en la triada guerra-pestilencia-carestía que Dios enviaría a los italianos por su *mal vivere* y con el propósito de urgirles a su conversión general. De las respuestas de Ercole a ellas se desprende la gran atención que el duque prestaba a los escritos y sermones de Savonarola, así como su diligencia en la puesta en práctica de toda suerte de medidas, dictadas o inspiradas por el fraile, que se orientaran a la conversión religiosa y a la reforma moral de las costumbres en Ferrara. Al objeto de entrar en la atmósfera que las profecías de Savonarola crearon en Ferrara, repasaremos algunos detalles de la correspondencia entre él y el duque.

Aún sin recuperarse del clima de ansiedad suscitado por las gravísimas riadas de finales de 1495, el 10 de enero de 1496 Savonarola anunciaba a Ercole la inminencia de las *tribulatione* de Italia, de la cristiandad y de todo el mundo, y le exhortaba a ser solícito con las cosas divinas «...y sobre todo a limpiar la ciudad de hombres malvados y poner los oficios en manos de los buenos, a dar a éstos autoridad y quitársela a los malvados e infames, puesto que éstos últimos provocan muchísimo la ira de Dios».<sup>5</sup>

La respuesta de Ercole no se hizo esperar: el 3 de abril dirigió una larga *crida* a sus súbditos con numerosas disposiciones en favor de las buenas costumbres y con severas penas para los infractores. En ésta Ercole d'Este afirmaba su voluntad de hacer desaparecer de sus dominios «todos los vicios» y de sembrar «todas las virtudes», con el fin de aplacar la ira de Dios, quien hacía justicia enviando a la tierra «hambres, terremotos, pestes, guerras, agua y fuego». El documento ducal enumeraba los «delitos» que serían particularmente perseguidos: blasfemia, sodomía, juegos de azar, concubinato, prostitución y lenocinio (justamente los que Savona-

5. RIDOLFI, ROBERTO: *Le lettere di Girolamo Savonarola*. - Firenze, p. 104.

rola citaba de modo obsesivo en sus sermones y escritos), junto con las penas para los infractores.

El 27 de ese mismo mes, en carta a Ercole, Savonarola elogiaba a éste por las severas medidas tomadas, que calificaba como el único remedio eficaz «contra las inminentes tribulaciones y flagelos preparados a toda Italia». Cuatro meses después, el 28 de agosto del fatídico año 1496, volvía de nuevo a escribirle recordándole la confirmación de sus profecías e insistiendo que «...con toda seguridad habrá pronto un flagelo grandísimo de guerra, pestilencia y carestía, cosas parecidas a lo cual se ven ya...».<sup>6</sup>

Tres meses después de la excomunión de Savonarola, él y Ercole seguían escribiéndose. De hecho, el primero de agosto de 1497 Savonarola exhortaba a Ercole a no impacientarse porque sus profecías no se hubieran cumplido todavía, asegurando que «Dios no es como el hombre, variable e impaciente. Por el contrario, en sus cosas, particularmente en las relativas a la justicia, camina firme y despacio al objeto de probar la fe de quien ha elegido y de hacer más manifiesta la maldad de los malos, quienes se hacen más malos y se mofan más de estas cosas cuanto más se retrasa el castigo. Tampoco los judíos creían en lo que sus profetas les auguraban porque pensaban que se retrasaba demasiado, y permanecieron engañados incluso hasta su última destrucción por los romanos.»<sup>7</sup>

Al final de su carta, Savonarola animaba a Ercole a no dudar y a continuar creciendo «en el vivir virtuosamente y en el hacer justicia», y le urgía a leer y hacer leer los libros de Jeremías y Ezequiel, puesto que reflejaban circunstancias muy similares a las de su tiempo. Ni siquiera a esta carta retrasó Ercole su respuesta. En ella, negaba drásticamente que hubiera dudado sobre las profecías de Savonarola. No obstante, lamentaba que el rey Carlos VIII había frustrado las expectativas que su invasión había creado por su «retraso y negligencia» y por el descuido puesto en relación a «su honor y el de su propia gente».

Después de finales de agosto de 1497 no hubo más cartas entre Ercole y Savonarola. Pero, por la correspondencia de Ercole con Manfredi, quien permaneció ese tiempo en Florencia, es obvio, en primer lugar, que el duque de Ferrara estaba muy preocupado por las crecientes dificultades con que el dominico topaba para el desarrollo de sus actividades durante los meses siguientes hasta su final ejecución (mayo de 1498), que Ercole no fue capaz de impedir; y en segundo lugar, que Ercole se mantuvo fiel a los dictados y profecías de Savonarola incluso después de la muerte de éste.

Fue en medio de esta atmósfera alimentada por las profecías de Savonarola

6. *Ibid.*, p. 112: «...certissimamente haverà presto grandissimo flagello di guerra et pestilentia et charestia, et già si vedeno le cose aparechiate....»

7. *Ibid.*, p. 156.

—algunas de las cuales parecían estarse cumpliendo con las catástrofes naturales ya referidas—, cuando en 1496 comenzó a difundirse en Ferrara y en otros lugares de Italia el *mal francese*. El nuevo azote pronto se hizo realidad, golpeando en el corazón de la ciudad, la corte. De acuerdo a los diarios y crónicas locales, antes de finales de año la enfermedad afectaba ya al yerno de Ercole, Francesco Gonzaga, el marqués de Mantua. Un año más tarde el heredero ducal Alfonso d'Este se encontraba seriamente enfermo del *mal francese* y en los años siguientes al menos otros dos hijos de Ercole se vieron también afectados por el mismo mal. Además, durante 1497 Ercole perdió por otras enfermedades a su hija Beatriz y a su nuera y joven esposa de Alfonso, Ana Sforza. En estas circunstancias, difícilmente debía Ercole poderse sustraer a la sensación de que las profecías de Savonarola se estaban cumpliendo de modo fatídico.

### III. LAS ENFERMEDADES DE LA FAMILIA DEL ESTE

De las enfermedades de los grandes y de los poderosos ha habido siempre mucha más evidencia histórica que de las del pueblo llano. La correspondencia privada de la familia del Este directa o indirectamente relacionada con la salud de los hijos del duque Ercole, Alfonso, Ferrante y Sigismondo, y de su yerno Francesco Gonzaga en el periodo objeto de nuestra atención se ha conservado hasta nuestros días. Incluye numerosas descripciones clínicas de sus enfermedades y revela la seria preocupación de Ercole por la salud de sus hijos, particularmente en el caso del heredero Alfonso. Pero sorprendentemente el término *mal francese* o cualquier otro afín no aparecen en ellas, en contraste con la prodigalidad y la prontitud con que crónicas y diarios ferrareses contemporáneos mencionan a los hijos y yerno de Ercole entre las víctimas más tempranas del *mal francés*. Veamos la información sanitaria que contiene la correspondencia privada de corte.

#### III.1 *La enfermedad de Francesco Gonzaga*

El 19 de octubre de 1496, el marqués de Mantua, Francesco Gonzaga, llegaba a Ferrara procedente de Nápoles —donde, junto a las tropas aragonesas, había combatido a los franceses—, gravemente «enfermo de un ángor, fiebre y flujo». Cariñosamente acogido por el duque Ercole d'Este, con cuya hija Isabella estaba casado, Francesco Gonzaga permanecería en Ferrara dos días, antes de ponerse en camino hacia Mantua.<sup>8</sup>

8. DFA, p. 188.



Diez días después (el 29 de octubre de 1496), el médico Zaccaria Zambotti, desde Mantua, acusaba recibo al duque Ercole d'Este, del envío por éste con destino a su yerno, Francesco Gonzaga, de una preparación magistral oleosa de efectos analgésicos aparentemente sorprendentes. Zaccaria Zambotti había sido profesor de medicina práctica en el *Studio* de Ferrara entre 1470 y 1474, y era uno de los médicos de confianza de Ercole, quien frecuentemente le mantenía destacado en Mantua como informador secreto suyo. En la carta Zambotti notificaba a Ercole el éxito de su remedio, así como la reacción de indignación del marqués de Mantua contra sus médicos, a quienes había mandado llamar e insultado por la inutilidad de sus remedios. La carta igualmente precisa que el dolor de mandíbula («*ala barba sua*») intenso y mantenido, que el Gonzaga sufría, y que los remedios de sus médicos no habían logrado mitigar en dos días y tres noches, se habían calmado en seis horas con el aceite enviado por su suegro y que el marqués había ordenado guardar como preciada mercancía.

Pese a su extensión y pormenorizada relación de detalles, la carta de Zambotti no alude, sorprendentemente, a la identidad de la enfermedad que aquejaba a Francesco Gonzaga. Ahora bien, los rasgos clínicos de este dolor y su carácter remiso a todo tratamiento proveniente de la medicina académica, sugieren con fuerza que Francesco Gonzaga estaba siendo víctima del «mal francés». Tampoco nos dice nada acerca del contenido y origen de este aceite, pero no es aventurado pensar que se tratara de algún remedio secreto, posiblemente de carácter empírico y quizás el mismo que quince días antes había motivado una orden de pago dada por el duque del Este, de cuatro libras marquesinas al maestro cirujano Giovanni Giusti. De hecho, el fracaso de los remedios tradicionales empleados por la medicina universitaria, hizo que el «mal francés» constituyera, desde el principio, un terreno abonado para la proliferación de supuestas panaceas de composición secreta que por doquier ofrecían una amplia gama de prácticos de la medicina. Los resultados terapéuticos obtenidos con estos remedios alternativos eran con frecuencia espectaculares a corto plazo, entre otras razones porque la mayoría de ellos incluía mercurio en su composición. Sin embargo, los severos efectos colaterales ocasionados por este metal y sus sales alimentaron o reforzaron pronto graves acusaciones de intrusismo profesional, que los médicos universitarios vertían contra empíricos e inexpertos.

### III. 2 *Las enfermedades de Alfonso, Ippolito y Sigismondo d'Este*

No hay más información de la corte Estense en relación a los padecimientos de Francesco Gonzaga durante los años siguientes. Sabemos, sin embargo, bastante más acerca del estado de salud, francamente malo, de su cuñado, el heredero ducal Alfonso d'Este, durante los años 1497 a 1499. En tres cartas, Alfonso infor-

maba a su padre del curso clínico de una enfermedad (aparentemente larga) que padecía, y de su tratamiento por el médico ducal Lodovico Carri. En la primera Alfonso refiere que su enfermedad era leve («el mal no es grande, si bien tiene algo de fiebre que no se nota por ahora»), y su médico la atribuía a haber dormido destapado de noche durante una época de intensos calores (presumiblemente durante el verano de 1497). El 29 de marzo de 1498 Alfonso informaba a su padre que, siguiendo el consejo de Lodovico Carri, acababa de cortarse la melena, «por estar dispuesto a hacer cuanto me sea recordado por los médicos para mi liberación». Tampoco este inusual remedio debió liberarle del mal que padecía, pues el 22 de agosto de 1499 Alfonso rogaba a Ercole el envío urgente de un eficaz aceite analgésico de trementina, gariofilo y estoraque —que sabía tenía— para calmarle «cierto dolor...bajo la rodilla de la pierna izquierda...que ni de día ni de noche me deja descansar». Se trataba probablemente del mismo aceite que Ercole había enviado a Francesco Gonzaga en 1496.

Junto a estas tres cartas, el 30 de abril de 1498 Alfonso escribió otra para agradecer a su hermano y cardenal de Milán, Ippolito d'Este, sus gestiones ante el gran duque de Milán y cuñado suyo, Lodovico Sforza. Este, al saber de la enfermedad de Alfonso, había enviado de inmediato a Ferrara a su médico, Luigi Marliani, para curarle. Alfonso celebraba que, tras el tratamiento prescrito por Marliani, «la fiebre ha remitido mucho, y el mal que tenía en la garganta está casi curado, y es tan poco que apenas se siente». Al mismo tiempo se interesaba por el estado de salud del cardenal, también enfermo desde días atrás.

Aunque las noticias sobre la enfermedad de Ippolito d'Este son aún más inespecíficas, sabemos que se sintió súbitamente indispuerto «con una cierta laxitud y alteración, pero sin fiebre» el Sábado Santo (14 de abril) de 1498, y que su médico personal, Agostino Benzi, le había prescrito purgarse durante un par de días. Diez días después, el cardenal Ippolito continuaba enfermo, aunque su estado había mejorado, tal como Benzi informaba entonces al duque de Ferrara. ¿De qué enfermedad se trataba? Dos meses antes, camino de Milán de donde acababa de ser nombrado arzobispo, Ippolito había permanecido los dos últimos días de Carnaval divirtiéndose en Mantua junto a su hermano Sigismondo, huéspedes ambos de su cuñado Francesco Gonzaga. Bien pudo haber allí contraído el *morbus gallicus* entonces.

Fuera o no éste el caso, quien definitivamente contrajo la enfermedad durante los carnavales de Mantua o poco después en Milán, fue su hermano Sigismondo d'Este. En efecto, por uno de los diarios contemporáneos sabemos que Sigismondo regresó de Milán a Ferrara un año después (marzo de 1499) «completamente plagado de mal francés» y que aún sufría este mal a finales de diciembre de 1499. Como Buenaventura Pistofilo escribió en su *Vita di Alfonso I*, la vida de Sigismondo d'Este se vio gravemente limitada hasta su fallecimiento en 1524 puesto que, «al encontrarse lisiado por el mal francés, poco pudo afanarse en mostrar su valor».

De nuevo, sin embargo, la documentación cortesana guarda un silencio absoluto acerca del padecimiento que le afligía. De la carta que Sigismondo escribió a su padre en octubre de 1499 sólo se desprende que se encontraba severamente enfermo, aunque sin haber perdido la esperanza de un pronto restablecimiento. Debidamente atendido por dos médicos, Lodovico Carri y un *magistro Palomarino*, su enfermedad requería la presencia en el dormitorio, durante toda la noche, del segundo de ellos para atenderle.

#### IV. EL TRASFONDO DE UN SIGNIFICATIVO SILENCIO

Como hemos visto, la documentación cortesana Estense del último lustro del siglo XV guardó un exquisito silencio en torno a la identidad de las enfermedades sufridas por los hijos y yerno de Ercole d'Este, pese a ser pródiga en noticias acerca del mal estado de salud de todos ellos y de la notable preocupación que estas circunstancias ocasionaban a su padre, principalmente ( y por razones obvias) en el caso del heredero Alfonso.

Dadas las diversas noticias aparecidas en los diarios ferrareses contemporáneos que presentaban a todos ellos como víctimas tempranas del *mal francese*, no creo aventurado afirmar que este silencio es altamente significativo y que se explica por las marcadas connotaciones morales y religiosas del *mal francese* en la Ferrara de finales del siglo XV. En algunos casos, como el del heredero ducal Alfonso d'Este, el padecimiento de esta estigmatizante enfermedad tenía además serias implicaciones políticas, por razones bien obvias. El resto del trabajo se dedicará a ilustrar la importancia de las connotaciones religiosas y morales que el *mal francese* tenía a los ojos de muchos contemporáneos mediante el estudio de tres casos suficientemente expresivos. En el primero se relaciona el mal francés con un castigo divino por los pecados de la humanidad; en el segundo se asocia esta enfermedad con relaciones sexuales inmorales; y en el último se la identifica con la enfermedad del santo Job.

##### IV.1 *Un castigo de Dios por los pecados de la Humanidad*

Ya he señalado que esta nueva enfermedad recibió unánimemente en Ferrara y en el resto de Italia el nombre de un ejército invasor, el francés, al que el influyente Girolamo Savonarola había anunciado como el nuevo Ciro, el instrumento de los planes divinos para propiciar la conversión de Italia. El médico de corte ferrarés Corradino Gilino no dudó en atribuir la irrupción del *mal francese* al castigo directo de Dios al pueblo italiano:

«Vemos también, que el Supremo Creador, airado actualmente contra nosotros por nuestros horribles crímenes, nos castiga con esta cruel enfermedad, que se

extiende no sólo por Italia, sino por todos los países de la Cristiandad. Por todas partes resuena el clamor de la trompeta, por todas partes se oye el tumulto de los ejércitos; se producen ingentes cantidades de armas de guerra, artefactos de bombardas y máquinas bélicas y, en vez de balas de piedra, se fabrican en nuestros días increíbles armas de hierro. Los turcos son llamados a Italia. ¡Cuántos incendios hemos visto, cuántos saqueos cometidos contra los desgraciados mortales, qué destrucciones, cuántas y qué grandes hemos de ver! ¡Ojalá me equivoque! Así pues, digamos con el Profeta en el salmo VI: 'Señor, no me castigues en tu ira, no nos aflijas en tu indignación'. Esta es, en mi opinión, la causa de tan gravísima epidemia».<sup>9</sup>

A partir del apocalíptico panorama dibujado en este relato, es obvio que Gilino percibía el mal francés como una plaga directamente enviada por Dios para castigar a los italianos por sus muchos y graves pecados, entre los cuales destaca la omnipresente atmósfera de guerra, el uso creciente de nuevas armas letales y las llamadas que algunos príncipes cristianos habían hecho a los Turcos en petición de socorro.

#### IV.2 *El mal francés y las relaciones sexuales inmorales*

Como ya he señalado, Bernardino Zambotti fue el autor de uno de los dos principales diarios ferrareses contemporáneos que se han conservado. Era letrado y pertenecía a una familia burguesa ferraresa en la que abundaban los notarios, apotecarios y médicos. Su diario está lleno de noticias de la corte Estense, obtenidas gracias a la íntima amistad que le unía a su primo Zaccaria Zambotti (a quien ya nos hemos referido anteriormente), uno de los médicos de confianza del duque Ercole d'Este; si bien suministra pocas noticias sobre la ciudad de Ferrara, por su frecuente ausencia de ella. Fue en diciembre de 1496 cuando se referió por vez primera al *mal francese*. Esta primera noticia reza textualmente así:

«[1496] diciembre, a día [ ] El mal francés comenzó a descubrirse en muchas personas de esta región y también por toda Italia; este mal parece incurable por ser el mal del santo Job; y proviene de que los hombres lo hacen con mujeres en la

9. GILINO, CORADINO: *De morbo quem Gallicum nuncupant*. - Ferrara, 1497/8, fol. 1v: «Videmus etiam Summum Creatorem, hoc tempore nobis iratum ob nefanda scelera [selera] nostra, nos vexare tam [tum] morbo hoc truculentissimo, quod iam non per Italiam, sed etiam per omnem penè Cristianam regionem viget. Ubique tubarum clangor [elangor] sonat, armorum ubique strepitus auditur, arma ubique bellica, bombarde [bonbarde] instrumenta, bellorumque macinamenta quam plurima conficiuntur, et loco saxorum sphericorum [spericorum] ferrea armamenta [remanent] hoc tempore inaudita fabricantur [fabricant]. Turci in Italiam vocantur. Quot iam incendia, quot depredationes, quot miserorum mortalium strages [quas stragas] iam vidimus, quot et quantas visuri sumus! Utinam mentiar! Dicamus ergo cum Propheta, psalmo vi: 'Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas nos'. Hanc ergo sevissime huius pestis causam esse existimo.»

vulva. La mayor parte se muere por su causa; y sobrevienen dolores en los huesos y nervios, y bubas grandísimas por todo el cuerpo».<sup>10</sup>

En la siguiente sección me referiré a la identificación que Zambotti y otros contemporáneos establecieron entre la nueva enfermedad y el mal del santo Job. Ahora quisiera únicamente destacar las ideas en torno a las causas del mal francés que Zambotti expone en este párrafo. Tres posibles interpretaciones, todas ellas ginofóbicas, cabe hacer de su afirmación de que el mal francés «proviene de que los hombres lo hacen con mujeres en la vulva».

1ª Hipótesis: Si se acepta que en lengua veneciana el vocablo *mona* significa el órgano genital femenino, la vulva, la *natura* de la mujer, el diario de Zambotti diría literamente que el «mal francés» deriva de que «los hombres lo hacen con mujeres en la vulva» («*per li homini hanno a fare con donne in mona*»). A primera vista, cabría pensar que esta expresión alude simplemente a la relación coital pura y simple entre un hombre y una mujer. Ahora bien, de ser así, no deja de resultar redundante, puesto que las fuentes contemporáneas, discretas y pudorosas al tratar el tema de las relaciones sexuales, habitualmente recurren a giros eufemísticos como «hacer uso de una mujer», «hacerlo con una mujer», o bien, a vocablos más técnicos como «coito» o «ayuntamiento». Así pues, debe pensarse que la localización de la acción en los genitales externos femeninos sugiere una modalidad particular de sexo oral prohibida por la moral cristiana tradicional como «innatural».

2ª Hipótesis: Es también posible que el vocablo *mona* (es decir, vulva) fuera aquí empleada como un tropo (una sinécdoque, en concreto) para referirse a una función, la de la menstruación. Si así fuera, podría considerarse como un intento de atribuir la nueva enfermedad a la misma causa con la que tradicionalmente se asociaba el nacimiento de niños leprosos: las relaciones sexuales de sus madres mientras estaban menstruando. Significaría, pues, que el mal francés se originaba por la ruptura de un tabú religioso secularmente arraigado en la tradición judeocristiana e incluso más allá de sus límites.

3ª Hipótesis: Esta última interpretación se refiere al hecho de que las locuciones *andare in mona* y *mandare in mona* significan, respectivamente, «ir» o «conducir [a alguien] a la ruina material o moral». Ello implicaría que la nueva enfermedad sólo era contraída por hombres que tienen relaciones sexuales con «mujeres moralmente arruinadas» (*donne in mona*). Es importante tener en cuenta que en medio de una reacción creciente de las autoridades religiosas y civiles contra lo que entonces percibían como la quiebra de un sistema moral, los contemporáneos identificaban

10. DFZ, p. 267: «[1496] Dexembre, a dì [ ] El mal franzoze comenzò a descobrirse in molte persone in questa terra e anche per tuta Italia, il quale male pare incurabile, per essere il male de Santo Job; e questo provene per li homini hanno a fare con donne in mona. La mazore parte se ne more e vennenno dolgie in le osse, nervi, e brozole grandissime in la persona».

como «mujeres arruinadas» no sólo a las prostitutas públicas y las cortesanas, sino también a las mujeres elegantes y coquetas. En cualquier caso, el control de la prostitución se convirtió entonces en un asunto clave en la búsqueda de un nuevo orden moral que a mediados del siglo XVI acabaría por imponerse. A este respecto, debemos recordar la *grida* (bando) del 3 de abril de 1496 del duque Ercole a sus súbditos con numerosas provisiones en favor de la decencia y duros castigos para sus infractores. Ercole incluía la prostitución entre los delitos más severamente perseguidos junto a la blasfemia, la sodomía, los juegos de azar, el concubinato y el lenocinio.

Así pues, para el notario Bernardino Zambotti contraer el mal francés tenía siempre connotaciones morales puesto que lo relacionaba con relaciones sexuales moralmente ilícitas. A este respecto, resulta llamativo el contraste existente entre la actitud ginofóbica (acorde, por lo demás, con la filosofía natural aristotélico-tomista tan difundida en la Europa de la época) de Zambotti, quien siempre veía a las mujeres como el origen del mal francés, y el modo como veía esta cuestión el autor del otro diario ferrarés contemporáneo, el anónimo funcionario ducal de provisiones, para quien ambos sexos podían transmitirse mutuamente la enfermedad a través de un contagio venéreo.

#### IV.3 *La enfermedad de Job*

La tercera y última dimensión religiosa y moral del mal francés de acuerdo al modo como fue percibido en la Ferrara de finales del siglo XV fue su identificación con el *male de Santo Job*. Se trata de una asociación no necesariamente sorprendente puesto que la mayoría de la gente veía que el mal francés afectaba a individuos concretos, no al conjunto de la población. De ahí que quienes la veían como un castigo enviado por Dios tendieran a identificarla con una enfermedad individual tal como el misterioso mal sufrido por el patriarca paleotestamentario Job, más que (como Gilino hizo) con una de las muchas plagas bíblicas que golpearon al pueblo de Israel o a sus enemigos. Su naturaleza desconocida, su aparente incurabilidad y sus desagradables, duraderas y recurrentes consecuencias abundaban en la misma idea.

La figura del patriarca bíblico Job ha gozado históricamente de un inmenso poder evocador en las espiritualidades judaica y cristiana, aunque no siempre de modo unívoco.<sup>11</sup> La influencia de la leyenda de Job en la tradición cristiana deriva

11. Sobre la figura de Job en las religiones judaica y cristiana, cf. TERRIEN, S.: *Job*. En ELIADE, MIRCEA (ed.) «The Encyclopedia of Religion».- New York, 1987, 16 vols.: vol. VIII, pp. 97-100; BASKIN, J.R.: *Pharaoh's Counsellors. Job, Jetho, and Balaam in Pabbinic and Patristic Tradition*.- Chico (Cal.), 1983, pp. 7-43, 129-43; KANNENGIESSER, C.: *Job (Le Livre de)*. En VILLER, M. et al. (eds.) «Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique. Doctrine et histoire».- Paris, 1974, vol. VIII, cols. 1201-1225: 1201.

sobre todo de su haber sido el patriarca paleotestamentario más próximo a la figura de Jesús en una cuestión nuclear de la moralidad cristiana: el problema del justo doliente y del dolor no merecido.

Los dos diarios ferrareses, así como otros contemporáneos de Boloña y Colonia estuvieron entre las fuentes que más tempranamente identificaron el *mal franzoso* y el *male de Santo Job* —el DFZ en noviembre de 1496, el DFA en abril de 1497—.<sup>12</sup> En mayo de 1499 se fundó en Ferrara una cofradía dedicada a Job (*Compagnia e Fraternitade de Santo Job*), que era invocado como protector de la ciudad de Ferrara frente a cualquier «persecución, controversia o enfermedad». No puede sorprendernos que Alfonso d'Este fuera el primero en firmar su acta de constitución. Para finales de 1501 esta cofradía cuidaba de los enfermos del mal francés. En marzo de 1502 el duque Ercole le concedió una patente para recolectar fondos por todo el ducado Estense, al objeto de erigir un hospital para las víctimas del mal francés y de cubrir los gastos derivados de su atención; patente que Alfonso se apresuraría en ratificar tres años después, nada más haberse convertido en el nuevo duque. Igualmente, en la Boloña de comienzos del siglo XVI la cofradía de *Santa Maria dei Guarini* y el hospital que regía fueron rededicados a *San Giobbe*, al especializarse en el tratamiento de las víctimas del mal francés.

Al contemplar el Libro de Job como fuente de inspiración cristiana debemos tener en cuenta el dilema que implicaban los orígenes divinos de las numerosas calamidades de Job. Este dilema consistía en considerarlas como castigo divino por los pecados de un individuo o bien como desgracia inmerecida que Dios enviaba a una persona inocente para probar la sinceridad de su fe cristiana. La tensión provocada por este dilema fue fuente de algunas inconsistencias ya presentes en el Libro de Job. El caso más significativo es el contraste existente entre el Job recto y temeroso de Dios del prólogo y epílogo (caps. 1 y 42), y el Job desafiante e incluso blasfemo del resto de este libro (caps. 2-41). Estas inconsistencias no hicieron sino ampliarse en las distintas tradiciones medievales de la leyenda de Job (la bíblica, la eclesiástica y la apócrifa) tal como han quedado reflejadas en la literatura y el arte de la época.

Para quienes identificaban el *mal francese* con el *male de Santo Job* el drama del Job doliente, víctima de una enfermedad terrible e incomprensible resurgía en el caso de los primeros enfermos del mal francés; y junto a este drama, el subsiguiente dilema entre las dos formas opuestas de percibir la causa de la enfermedad. Lo mismo puede decirse en relación a diversos aspectos de las tres tradiciones, ya mencionadas, del Libro de Job, las cuales se reflejaban con sus inconsistencias en

12. SORBELLI, A. (ed.): *Corpus Chronicorum Bononiensium: Cronaca di Bologna detta Variagnana*. Città di Castello, 1905-1924 (Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. XVIII, parte I), 4 tomos.: tomo IV, pp. 551-2. Sent Iobs Krenkde dice el fragmento de la *Cronica van der Hilligen Stat Coellen* recogido en GRUNER, CHRISTIAN GOTTFRIED (ed.): *Aphrodisiacus sive De lue venera...* Ienae, 1789, vol. III, p. 54.

la forma como el mal francés fue percibido en la Ferrara de finales del siglo XV. De ahí que el cronista Zambotti, por ejemplo, identificara el *mal francese* con el *male de Santo Job* y al mismo tiempo relacionara la enfermedad con prácticas sexuales pecaminosas.

Ambos diarios ferrareses mantenían la identidad entre el *mal francese* y el *male de Santo Job* en virtud de la incurabilidad de la enfermedad desde el punto de vista médico, tal como se pensaba de modo generalizado. Curiosamente, en ningún pasaje de la versión *vulgata* del paleotestamentario *Liber Iob*, se alude al carácter incurable de la enfermedad de Job, por más que quede claro que se trataba de una enfermedad severa, dolorosa y repugnante. En efecto, el escrito bíblico nos dice que, tras perder todos sus hijos y bienes, Satanás obtuvo licencia de Dios para afligir a Job en su propia carne, enviándole una «úlcera maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza», cuya *sanies*, sentado en un estercolero, se limpiaba Job con un tejón (Job 2,7-8).

Si la idea de Job víctima de una enfermedad incurable no aparece recogida en el *Liber Iob*, cuál es el origen de la doble identidad establecida en los diarios ferrareses, de que el *mal franzoso* era una enfermedad médicamente incurable y, por ello, el *male de Santo Job*? A partir del examen de diversos comentarios al *Liber Iob* entre los que gozaron de mayor difusión en la Europa latina con anterioridad a 1500, sólo Tomás de Aquino, aparentemente, identificó la expresión «úlcera malísima» (*ulcere pessimo*) de la *Vulgata* con «llaga horrible, abominable, incurable y dolorosa» (*turpi et abominabili vulnere incurabili et doloroso*). Con todo, esta doble identidad también podría inferirse del contenido de otro pasaje que alude a Dios como quien «hiere y cura, golpea y sana con sus manos» (Job 5,18). Si sólo Dios había permitido la enfermedad de Job, sólo El podía sanarla; ésta era, por lo tanto, incurable por los médicos y sus medicinas. En la misma línea del pasaje recién citado hay también otro precedente del apócrifo *Testamento de Job* —un escrito pseudoepigráfico que circuló ampliamente en el mundo medieval— que refuerza la misma suposición. El texto en cuestión refiere que Job rechazó el ofrecimiento, hecho por uno de los reyes que le visitaron durante su enfermedad, de un médico suyo para que le atendiera, respondiendo: «Mi curación y tratamiento proceden del Señor, quien creó incluso a los médicos».

Si sólo mediante remedios divinos puede curarse una enfermedad de origen divino, cabe esperar el recurso a este tipo de remedios para tratar el mal francés —una enfermedad que los médicos se sentían incapaces de curar con sus remedios naturales. Esta es la explicación más plausible para una medida terapéutica singular y drástica en un noble, que el médico ducal Lodovico Carri prescribió a Alfonso d'Este en un momento aparentemente crítico de su larga enfermedad. En efecto, en la carta, ya referida, del 29 de marzo de 1498 Alfonso comunicaba a su padre que, siguiendo el consejo de su médico, se había hecho cortar su melena de noble. Se trata de una extraña medida terapéutica que no he podido documentar



en ningún libro médico contemporáneo. Sin embargo, al inicio del *Libro de Job* hay un pasaje en el que Job, al saber que había perdido súbitamente a todos sus hijos y toda su fortuna, se levantó, rompió su ropa y se cortó el cabello, antes de arrojarse al suelo, y adorar a Dios (Job 1,20). Además, en las *Moralia in Job* —el más conocido y autorizado comentario al *Libro de Job* en el mundo medieval— san Gregorio Magno interpretó la decisión de Job de cortarse los cabellos, como señal de duelo ante tanta adversidad —que es aceptada con humildad y piedad—, a la vez que destacó el simbolismo que este acto representa en el sacramento del sacerdocio cristiano.

La naturaleza religiosa de esta hipótesis queda también reforzada por las estrechas relaciones que parece haber mantenido Lodovico Carri, el prescriptor de esta medida terapéutica, con el dominico Girolamo Savonarola en fechas inmediatamente anteriores a éstas. En efecto, el médico ducal Lodovico Carri era un hombre de confianza y quizás el principal secuaz con que el fraile dominico contaba en la corte Estense. Así lo sugieren los dos datos que recojo a continuación. El primero, que data del 20 de agosto de 1495, fue el envío de Savonarola a Lodovico Carri y a Ercole d'Este, de sendos ejemplares del *Sommario delle sue prediche e visione*. El segundo es la carta escrita cinco meses después —el 10 de enero de 1496—, adjunta al borrador de su *De simplicitate Christianae vitae*, que, como ya se ha señalado, Savonarola remitió a Ercole. En ella el dominico rogaba al duque que, «si alguno hiciese, leyéndolo, cualquier objeción», se dignara «a hacérmelo saber a través del maestro Lodovico Carri, a fin de que podamos responder».<sup>13</sup>

## V. CONSIDERACIONES FINALES

Aunque estas peculiares visiones del mal francés fueron compartidas no sólo por gente común, sino también por médicos universitarios, de ningún modo agotaron las percepciones de esta enfermedad en la Ferrara de finales del siglo XV. De hecho, para finales de 1497 el anónimo funcionario ducal de provisiones apuntaba ya en su diario algo muy próximo a la idea de que esta enfermedad estaba causada por contagio venéreo entre los dos sexos indistintamente. Por otra parte, otros médicos universitarios y profesores de la facultad de medicina de Ferrara optaron por subrayar el papel de las «causas naturales» en el desencadenamiento de esta enfermedad, por más que, obviamente, nunca llegaron a negar el papel de la «Causa Primera».

Ahora bien, en esta ocasión he optado por prestar particular atención a las connotaciones religioso-morales presentes en algunas de las más tempranas per-

13. RIDOLFI, ROBERTO: *Le lettere di Girolamo Savonarola*. - Firenze, 1933, pp. 104-5; 104, 220.

cepciones ferraresas del mal francés, como muestra de una importante vertiente en el proceso de construcción social de esta enfermedad en la Italia del Norte de finales del siglo XV. Espero que el caso presentado sea suficientemente expresivo para ilustrar en qué medida cualquier enfermedad pasada o presente es un constructo surgido en un contexto sociocultural específico —si bien algunas lo son, siempre o bajo determinadas circunstancias, más que otras.